

H
946
21



BIBLIOTECA

DP 22

E 77

V. 13



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

1571



BIBLIOTECA

SALAMANCA ÁVILA Y SEGOVIA

CAPÍTULO PRIMERO

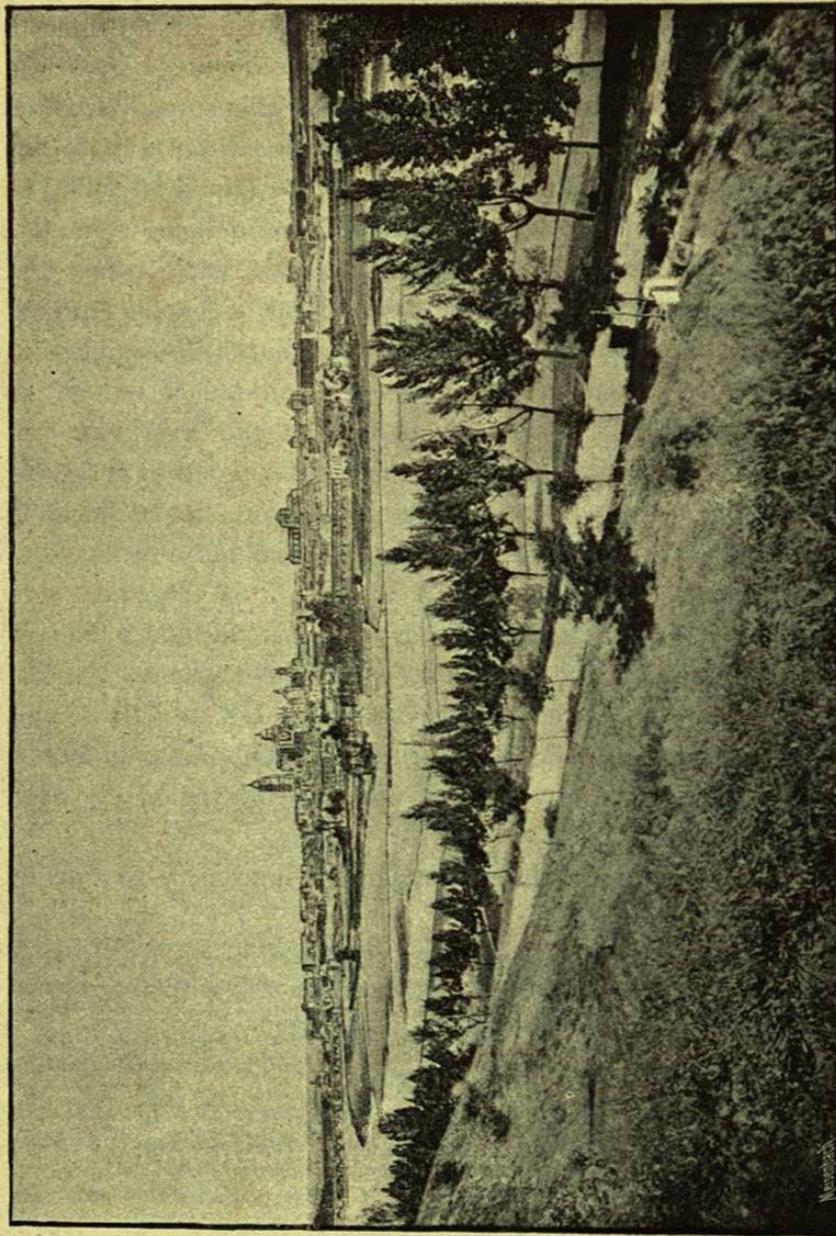
Memorias de Salamanca



ENTRO intelectual de la monarquía española, emporio de las ciencias no inferior en concurso y fama á los de París y de Oxford, de Bolonia y de Lovaina, foco perenne de aquella animación estudiantina, alegre, libre y aun á veces tumultuosa, en que visiblemente se reflejaban no sólo el carácter de la nación, sino hasta los matices de sus varias provincias; tales son las ideas que despierta el nombre de Salamanca, y que con más viveza excita su presencia. No puede menos de descubrirse la cabeza y de inclinarse la frente ante su augusta Universidad, ante las suntuosas y vacías fábricas ó lamentables ruinas de tantos colegios, verdaderas órdenes del saber, señaladas cada una por una larga serie de glorias; y la planta recela

en cierto modo borrar las huellas de los varones eminentes que paseaban por sus claustros, y teme la voz interrumpir todavía el hilo de sus doctos discursos ó el silencio de sus meditaciones. La soledad de las escuelas se ha comunicado á la ciudad entera: hoy roto el cetro de la enseñanza que había sabido conquistar y que confirmaron en ella los siglos, ya no extiende la esfera de su atracción, difundida un tiempo por el orbe, fuera del recinto de dos ó tres provincias apartadas, debiendo sólo á sus recuerdos la conservación de su prerogativa universitaria, aunque con marcada inferioridad á casi todas sus nueve compañeras.

Mas prescindiendo de su celebridad, el aspecto de Salamanca bastaría de por sí para demostrar su pasada grandeza. Imaginaos veinticuatro parroquias existentes, no vastas ni espléndidas, pero marcadas generalmente con el sello de remota antigüedad; imaginad otros tantos conventos espaciosos y abandonados en sus diversas gradaciones de ruina, y diez ó doce más enteros habitados por religiosas; imaginad una catedral magnífica nacida de improviso en la postrera edad del arte gótico al lado de otra venerable catedral bizantina, y que en vez de ofenderla la ampara filialmente con su apoyo y con su sombra; imaginad por calles y plazas, largas las unas y despejadas las otras más de lo usual en los tiempos en que se trazaron, multitud de casas solariegas y aun palacios, ojivales y del renacimiento, cual no la presenta mayor ninguna ciudad de Castilla, gallardos ajimeces, platerescos balcones, torres dispuestas para intestinas luchas; y decid si la población que tal contiene, cualquiera que sea su nombre, puede haber vivido oscura é insignificante. Añadid á esto una dilatada cerca de muros, ceñidos en mucha parte de almenas y reforzados de torreones, que suscitan imágenes de combates y de asaltos y de caballerescas hazañas, y dentro del recinto á la parte del oeste extensos barrios de escombros, no producidos por lenta despoblación, sino ganados á manera de honrosa herida, *en la ocasión más alta que vieron los siglos,*



SALAMANCA.—VISTA GENERAL

como diría Cervantes, en la guerra heroica de la Independencia.

Contemplando su más vistosa perspectiva desde la opuesta orilla del Tormes que la baña por el lado de mediodía, en el grandioso puente de veintisiete arcos y quinientos pasos de longitud hallaremos un testimonio de su existencia bajo los dominadores del mundo. La mitad de él contigua á la ciudad es de construcción romana y de almohadilladas dobelas como las del acueducto de Segovia; y probablemente nació como éste en el imperio del gran Trajano, cuyas obras y las de Adriano su sucesor en el camino de Mérida á Salamanca consignan dos notables inscripciones (1). Cuándo y cómo fué cortado y se rehizo su parte más reciente, está todavía por averiguar (2); posteriormente se almenaron los antepechos, y en el centro se levantó una torre no destituida de gentileza aunque hecha ó modificada en el siglo XVI, la cual al par que las almenas desapareció no hace muchos años á la voz de un ingeniero con indignación de los artistas y disgusto de los mismos indiferentes. Aún se recuerda también á la entrada del puente el nombrado toro de piedra que dió blasón á la ciudad, objeto de vulgares consejas y de eruditas disertaciones (3), ni más ni menos que tantos otros como sembró por aquella región el paganismo.

Ciudad grande intitula á Salamanca Plutarco, y lo que es

(1) El camino que atravesaba la ciudad se llamó de la Plata por la piedra blanquecina de que se hallaba cubierto, como explican algunos, y en él se encontraron las dos lápidas que González Dávila dice haber visto en la casa del conde de Fuentes y que transcribe en esta forma: *Imp. Cæsar divi Nervæ filius Nerva Trajanus Aug. Germ. P. M. trib. pot. cos. II restituit M. P. II (millia passuum duo).—Imp. Cæsar divi Trajani Parthici f. divi Nervæ nepos: Adrianus Aug. Pont. Max. trib. pot. V. cos III restituit. CXLIX.*

(2) No sabemos en qué tiempo empezó aquel dicho vulgar referente á las maravillas de Salamanca: «Media plaza, medio puente, medio claustro de S. Vicente.» Pero no debe ser muy antiguo atendiendo á que la plaza toda es de fábrica moderna.

(3) Sobre dicho toro escribió un opúsculo Gil González Dávila, y por él empieza don Diego de Mendoza las aventuras de su *Lazarillo de Tormes*, á quien el maligno ciego hizo dar un recio golpe contra la piedra al aplicar el oído al supuesto rumor que se percibía dentro.

más glorioso para ella coloca á sus mujeres entre las heroínas aventajadas en valor. Sitióla, según cuenta aquél, el invicto Aníbal, y los cercados incapaces de prolongar más su defensa ofrecieron para recobrar la libertad trescientos talentos de plata y otras tantas personas en rehenes. Sea que no pudiesen, sea que no quisiesen alejado el peligro cumplir las condiciones, hubo de recordárselas el caudillo Cartaginés que no gustaba de hallar en sus enemigos la *fe púnica* de sus paisanos: reducidos por segunda vez á la extremidad, no consiguieron sino salvar sus vidas y la ropa que traían puesta, saliendo de la ciudad desarmados y abandonando sus esclavos y riquezas á la rapacidad del vencedor. Pero las salmantinas, seguras de no ser registradas, sacaron ocultas debajo del vestido cuantas espadas pudieron; y cuando la algazara de los saqueadores y la vista del botín tentó á los escuadrones Masilienses, que se habían quedado á las puertas de la ciudad guardando á los cautivos, y les indujo á meterse dentro y disputar la presa á sus aliados, ellas repartiendo las armas entre sus hermanos y maridos y mezclándose con ellos, cayeron de improviso sobre la desbandada soldadesca, vengaron con copiosa sangre sus agravios (1), y huyeron todos á las montañas, pobres pero independientes. Aníbal, después de ejecutar algunos castigos en los que pudo prender, rindió al fin homenaje á tan gallardo denuedo, devolviendo los bienes y los hogares á las valientes matronas y á sus dignos hijos y esposos. Esto se refiere de Salmántica: de Elmántica ó Ermántica escriben otros que la tomó por sorpresa el expresado jefe y que buscaron asilo entre los Ólcades sus habitantes; pero además del silencio de tan inolvidable proeza, persuade que son distintas las dos poblaciones no sólo la diferencia harto reparable del nombre, sino la del país, estando

(1) De una de estas mujeres dice Plutarco que arrebatando la lanza al intérprete Hannón le hubiera atravesado con ella el pecho á no protegerle su fuerte coraza.

Elmántica en el de los Vacceos no lejos de Arbuca, y Salmántica en el de los Vetones (1).

No vuelven á nombrarla los antiguos historiadores, y si no la hallásemos mencionada en las tablas de Tolomeo y en el itinerario de Antonino que fijan su situación, la creyéramos destruída tal vez en la prolongada lucha que sostuvo Lusitania con los romanos. Á esta provincia perteneció Salmántica como los demás pueblos Vetónicos, y Mérida fué su metrópoli. Á excepción de la mitad del puente no le han quedado de aquella época otros vestigios que algunas lápidas sepulcrales, incrustadas en los edificios posteriores que dieron ocasión á su descubrimiento (2).

Los godos la hallaron floreciente y respetaron su silla episcopal de origen desconocido, cuyas memorias se reducen á la presencia de sus obispos en los concilios toledanos. Al III asistió Eleuterio, á la coronación del rey Gundemaro Teveristo,

(1) De Elmántica habla Polibio y de Ermándica Tito Livio, indicando ambos simplemente su toma por Aníbal y colocándola entre los Vacceos; de Salmántica, Plutarco y Polieno Macedón, relatando la antedicha hazaña. Entre las versiones latinas de Plutarco se nota bastante discrepancia en ciertos detalles, y hasta hay una que atribuye el hecho á las mujeres saguntinas en lugar de las salmantinas, cosa de todo punto inadmisibile. Dejamos á un lado las variantes y etimologías del nombre de Salamanca, el cuento de su fundación por Teucro rey de Salamina, y otras impertinencias con que aun autores muy modernos echándola de críticos han sabido llenar interminables páginas de lo que cupiera en dos líneas.

(2) La más notable de ellas es la que en tiempo de Flórez existía aún en la parroquia de S. Pelayo hoy demolida: *D. M. S.—L. Jul. Capitoni Salmantic. ann. LXX Jul. Rusticilla soror pientissima f. c. H. S. E. S. T. T. L.*

En el claustro de la catedral vieja se lee la siguiente: *Julia Bassina marito indulgent.*

Al abrir los cimientos del colegio de S. Bartolomé se hallaron las que hoy se ven á la entrada del edificio: *Celsidius Albinus P. et Atilia Albina M. Celsidie Serenæ F. ann X f. c. H. S. E. S. T. T. L.*—Las siguientes son copias de las piedras originales destruídas: *D. M. S. C. Julio Narciso ann. XXI Julia Thetis mater. f. c.—D. M. S. C. Julio Narciso Julia Thetis marito f. c.—Clov. T. L. Miloni fratri ann XXX f. c.*

En la muralla vieja, casa de las Batallas, según Dávila había estas: *Lucius Accius Rebur. ann. XVII H. S. E. S. T. T. L. Accius Rebur. Rusci. Atilia Clara privigno pio f. c.*

En la calle de Sta. Ana pone él mismo la siguiente: *Sabino Musial. ann. LX.*

Otra transcribe traída del lugar de los Santos y colocada en la puerta de la Panadería: *S. D. Manibus. Juliae Cæsiae anno XL H. C. S. E. S. T. T. L.*

al IV y VI Hiccila, al VII, VIII y X Egeredo, al provincial de Mérida Justo, al XII Providencio, al XIII, XV y XVI Holemundo que probablemente no alcanzó los aciagos días de la invasión sarracena. Salamanca se entregó sin resistencia al terrible Muza, que doblando las sierras del mediodía todo lo allanó en un momento hasta más allá de Astorga; y modificado apenas su nombre, siguió figurando entre las ciudades principales de Mérida, una de las cinco en que se dividió el imperio musulmán. Antes de medio siglo Alfonso *el católico* llevó hasta ella sus estragos desde las montañas de Asturias: á mediados del siguiente la tomó por combate Ordoño I, y entonces suena el nombre de su rey Mozeror y de la reina Balkaiza, á quienes el vencedor soltó las prisiones en el lugar de Piedra Sagrada, después de pasados á cuchillo sus guerreros y de vendida la plebe con sus mujeres é hijos. Las historias arábicas, bien que más escasas en detalles, confirman la expresada derrota de los suyos y la toma de la ciudad por los cristianos (1).

Sin embargo, los prelados de Salamanca continuaron en la corte de los reyes de Asturias, en vez de acudir á tomar posesorio de su silla, prueba de que su reconquista había sido pasajera y de que no obtenían allí la libertad que en otras regiones les era concedida, de apacentar su grey mozárabe bajo el dominio de los infieles. Para su mantenimiento y residencia en Oviedo señalóseles á ellos y á los de Coria la iglesia de san Julián fuera de los muros: el primero que aparece es Quindulfo confirmando en 802 una espléndida donación de Alfonso *el casto* á la basílica de san Salvador. Más adelante brilla Sebastián, cronista de Alfonso *el magno*, historiador el más antiguo de la restauración cristiana y luz casi única de aquella era tenebrosa;

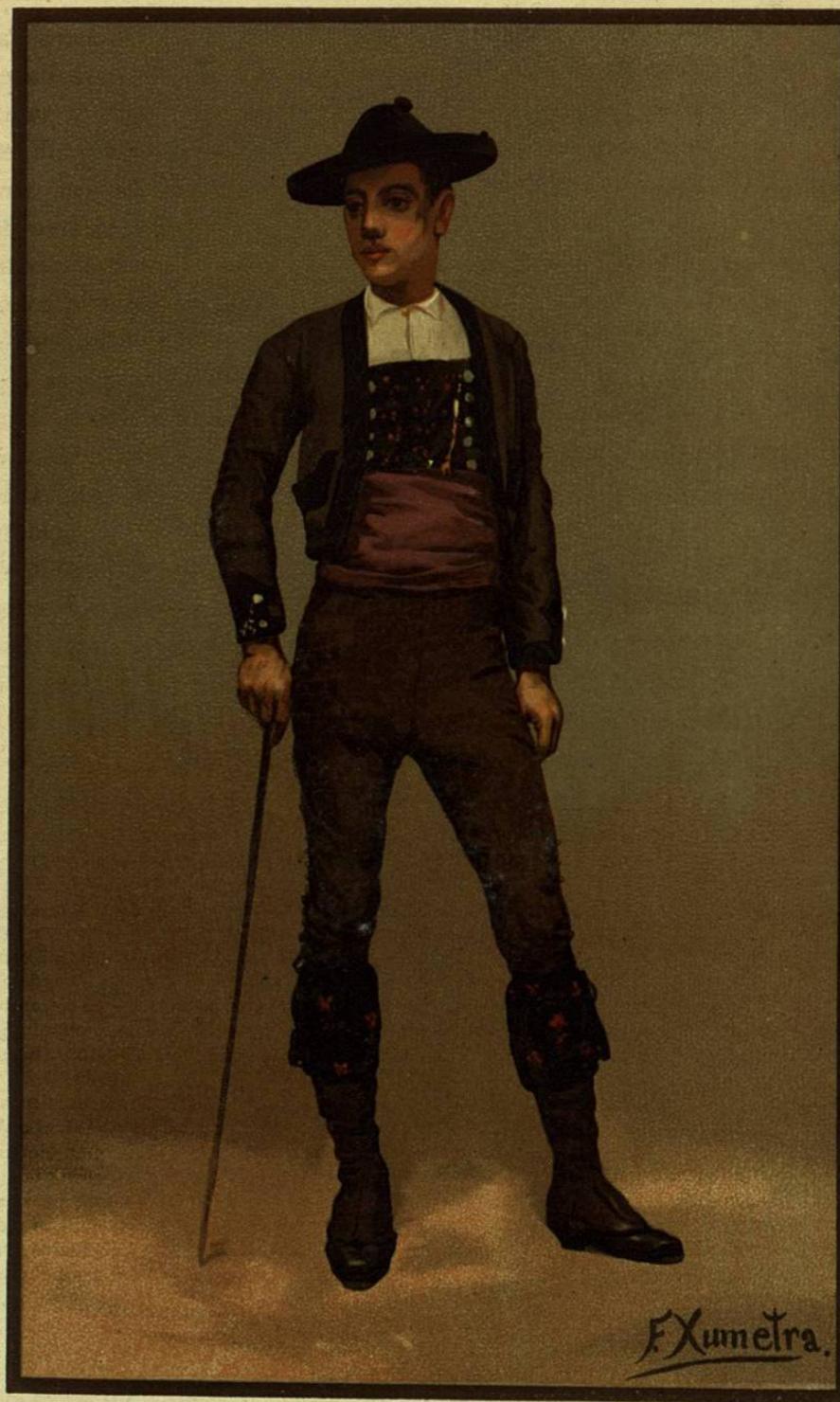
(1) Véase á Conde, cap. 49 y 53 de la II parte, solo que el año 868 á que refiere el suceso corresponde ya al reinado de Alfonso III y no al de Ordoño I que murió en 866. En el tomo de Asturias mencionamos dicha toma con las razones que había para aplicarla á Salamanca, y no á Talamanca como se lee en varios códices de las primitivas crónicas.

síguele Dulcidio, el mismo probablemente que siendo mero sacerdote fué en 883 á Córdoba, enviado por el rey para hacer paces con el califa, y trajo los cuerpos de san Eulogio y santa Leocricia, y que después de nombrado obispo volvió allí en 921, hecho prisionero con el de Túy en la batalla de Junquera hasta que obtuvo su rescate (1). Otras indicaciones existen de obispos titulares de Salamanca, pero tan confusas é inciertas por estar reducidas á firmas de escrituras cuya fecha sólo conocemos por la cita de autores no muy seguros, que es imposible formar con ellas catálogo ni disponerlas por orden siquiera (2).

No menor oscuridad pesa por aquellos tiempos sobre la situación de la ciudad del Tormes. Dejando aparte las fabulosas cortes tenidas allí por Alfonso II ó por el III contra Bernardo su sobrino y las devastadoras correrías del irritado paladín desde su inmediato castillo del Carpió y el tardío recobro de su padre ya difunto, poco ó ningún crédito merecen la repoblación de Salamanca en 871 atribuída con patente anacronismo á Ramiro I, la invasión de Almandario ó Almondhir ocurrida al año siguiente en que más de dos mil cristianos ofrecieron al marti-

(1) Las memorias del episcopado de Dulcidio alcanzan, según los documentos, desde la consagración de la catedral de Santiago hasta cerca del 940; y como Flórez da por más asegurada de lo que debiera la data de aquella en el año 876, tiene que recurrir á otro Dulcidio, á quien llama I, para repartir entre los dos tan largo período, intercalando en medio varios prelados. Pero aun en los años menos disputables de dicho episcopado aparecen los nombres de otros, como el de Fredosindo que dicen confirmó una escritura de Ordoño II en el año 898 (absurda contradicción que no advirtió el autor de la *España Sagrada*), y Salvato que confirmó otra del mismo rey en 916, duplicidad de prelados de que no faltan otros ejemplos y que no siempre puede explicarse por dimisiones ó retiros. En este episcopologio antiguo de Salamanca está González Dávila desatinado como suele, y Flórez harto menos crítico y diligente de lo que acostumbra.

(2) De 958 á 60 firma Teodemundo como obispo de Salamanca en escrituras que citan Dávila y Flórez. Este bajo la fe de Lobera pone en 973 á Salvato, el cual á ser cierta la fecha debe ser distinto del que vimos en 916. Dávila por ciertos documentos del 970 al 85 coloca en dichos años á un Sebastián II cronista de Ramiro II como el I lo fué de Alfonso III, á quien atribuye como á testigo presencial la relación de la victoria de Simancas hecha por Sampiro, y cita á Sandoval que le hace vivir casi cien años. Sólo el examen de las escrituras originales, en que anduvieron poco escrupulosos ó poco entendidos Yepes, Sandoval y Lobera, pudiera soltar las dificultades que crearon.



SALAMANCA. — Hombre del pueblo

rio sus vidas en la vecina aldea de Valmuza, el nuevo asolamiento de la ciudad por el califa Abdala, sea en 885 sea en 906, y por último su reconquista por el famoso Fernán González conde de Castilla, que la ganó al rey moro Celeuma y que pidió pobladores no sabemos á qué rey Alfonso de León, pues en su tiempo no hubo ninguno de este nombre (1). Mientras el Duero sirvió de límite á la restaurada monarquía, es probable que Salamanca colocada al sur doce leguas más adentro permaneciera en poder de los sarracenos; pero no consta que compitiese en fortaleza con la cristiana Zamora, y precisamente debía sufrir el primer ímpetu de las huestes fronterizas y lamentar á menudo sus estragos. Allí se reunió según los escritores árabes el grande ejército musulmán que había de ser exterminado en Simancas, cuya inmortal victoria, entregando á Ramiro II las llanuras del Tormes, le dió ocasión de repoblar los desiertos lugares de sus orillas y principalmente su ilustre capital, á la que llama Sampiro con esta sazón *sedes antiqua castrorum* (2). Los calamitosos reinados de los sucesores de Ramiro no favorecieron el desarrollo de la nueva colonia, ni siquiera mereció esta el triste honor de ser nombrada entre las presas de Almanzor: sólo consta que su hijo Abdelmelic Almudafar la destruyó otra vez en 1007. Sin duda durante el siglo XI, á pesar de haber desaparecido del país los quebrantados musulimes, permaneció Salamanca como tantas otras ciudades abrumada bajo el peso de sus ruinas, y si alguna vez en este período suena su nombre, lo que dudamos, es únicamente por vía de recuerdo.

(1) Estas especies que acumula Gil González Dávila, no diremos que las inventase, pero sí que no las sacó de las crónicas primitivas y genuinas, ni del Tundense por más que lo cite, ni aun de la romancesca *Crónica General*. Por lo demás, siendo tan notoriamente equivocadas, poco nos interesa saber en qué fuente las bebió. La única que podría tener visos de verdad es la que indica de la destrucción de la ciudad en 906 con referencia á Luís del Mármol en su *Crónica de los Arabes*.

(2) Así se lee en varios códices, y confesamos no comprender el sentido, que sería más inteligible si después de *antiqua* hubiese coma, formando nombre de población distinta la palabra *Castrorum*, como en otros códices se halla, aludiendo el *sedes antiqua* á su catedral.

Después de extender sus conquistas al otro lado de los montes de Guadarrama y de fijar su trono en la augusta Toledo, trató Alfonso VI de poblar definitivamente la ancha región intermedia desde el Duero hasta la sierra, disputada con encarnizamiento por espacio de dos siglos, y de consiguiente yerma de cultivo y vacía casi de moradores. Segovia, Ávila, Salamanca, con otras de menor nombradía, renacieron del devastado suelo, seguras ya para siempre de la infiel cimitarra; y se mezclaron con las poblaciones recién ganadas para competir en los elogios del soberano, libertador de las unas y restaurador de las otras (1). Confió éste tan civilizadora empresa á su yerno el conde Raimundo de Borgoña casado con su primogénita Urraca, quien la llevó á cabo sucesivamente con actividad y prudencia, como si aquella provincia estuviese destinada á formar el patrimonio de su esposa. La repoblación de Salamanca fué en 1102: de 22 de junio del mismo año data la donación que el conde y la infanta su mujer hicieron al prelado don Jerónimo *su maestro* de todas las iglesias y clérigos así de aquella diócesis como de la de Zamora, que eventualmente se reunieron en un principio bajo su autoridad (2). Había seguido el venerable sacerdote francés, compañero del primer arzobispo de Toledo, al Cid Campeador en la expedición de Valencia, donde estableció su silla á la sombra de los laureles del vencedor que con su muerte se secaron, por más que Jimena la animosa viuda del héroe dotara aún en 1101 el nuevo obispado, haciéndose ilusión

(1) Obsérvase esta mezcla en los versos que el arzobispo don Rodrigo dedica en su crónica al citado rey (véase en nuestro capítulo histórico de Toledo), donde entre las conquistas de Alfonso VI se nombran los lugares que pobló.

(2) Cuanto más estudiamos la cuestión acerca de la identidad del Jerónimo obispo de Salamanca con Jerónimo el de Zamora, de quien nos ocupamos afirmándola en la historia de esta última ciudad, más nos parece una cavilosidad insostenible la de Flórez en negarla. De Geraldo y Munio, sucesores inmediatos de Jerónimo en el episcopado de Salamanca, se empeñó también Dávila en hacer dos Geraldos, dos Munios, dos Gonzalos, un Juan y un Martín, unos anteriores, otros posteriores al citado primer obispo, trastornando los tiempos é interpretando á su capricho las iniciales de los nombres con que vienen designados en los documentos y en la historia Compostelana.

de poderlo conservar en las playas del Mediterráneo en medio de la mal subyugada morisma. Perdida al año siguiente la conquista de Ruy Díaz, halló desde luego vasto ejercicio en las regiones occidentales la pastoral solicitud de Jerónimo.

Grandiosos planes presidieron á la restauración de la ciudad y altos destinos se le auguraron, según la muchedumbre y variedad de pobladores que acudieron de todas partes. Bajo el nombre genérico de Castellanos vinieron los de las provincias del antiguo condado, estableciéndose en los barrios del norte; y una tradición, poco segura como de carácter heráldico, les atribuye por jefe á un conde don Vela Sánchez, infante apócrifo de Aragón. Más al oriente se fijaron los naturales del país de Toro, bastante numerosos para formar cuartel aparte. Los serranos ó montañeses ocuparon hacia el oeste un dilatado territorio; y á su lado se asentaron los gallegos, que sometidos al gobierno especial del conde Raimundo, no podían menos de secundar con eficacia su llamamiento. Los portugueses y los bragancianos, todavía no desmembrados de la monarquía castellana, fundaron otros dos distritos: en los alrededores de la catedral se domiciliaron los franceses atraídos por la protección del ilustre magnate su compatriota. Pero en la vega del Tormes habitaba una población indígena, que por su calificación de *mozárabe* parecía derivar de los tiempos de la dominación agarena, y que si bien harto mermada, no se había extinguido totalmente durante el largo abandono que siguió á la reconquista; y esta fué la que se reunió en la parte meridional de la ciudad contigua al río. Todas estas razas, tan distintas en índole, lenguaje y procedencia, construyeron sus respectivas parroquias, no una sola, sino cinco, siete ó nueve cada cual, de suerte que al cabo de un siglo no se contaron menos de cuarenta y siete. Dió fueros el conde al promiscuo vecindario, curiosos é interesantes, bien que andan mezclados con otros posteriores (1); y de ciertas prerogativas

(1) La compilación de fueros que hoy existe en el archivo municipal data de